

c.4

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
DEPARTAMENTO DE DRAMA

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

LA MANDRAGORA

Maquiavelo

PENSAJES

- |             |              |
|-------------|--------------|
| CALINAGO    | SOSTRATA     |
| SIRO        | FRAY TIMOTEO |
| NICER NICIA | UNA MUJER    |
| LIGURIO     | LUCRECIA     |

La escena se sitúa en Florencia.

PROLOGO

¡Pios os proteja, público benévolo!  
Y puesto que depende  
La tal benignidad de seros gratos,  
Si os abstenéis de provocar ruidos,  
Sabréis de un sorprendente  
Y nuevo caso que entre nos se ha dado.  
Mirad el aparato  
Que la escena presenta:  
Esta es vuestra Florencia;  
Pisa será mañana, o tal vez Roma,  
La cuestión es reírse hasta deshora.

La puerta que estáis viendo a mi derecha  
A la casa conduce de un doctor  
Que varias leyes aprendió en Boecio.  
Tras esa esquina empieza  
La Calle del Amor:  
Quien allí cae...se quedará bien tieso.  
Conocer podrás luego  
-Si temprano no quieres retirarte-  
Las costumbres de un fraile  
Que como prior o abad  
El templo habita que aquí enfrente está.

Calímaco Guadagni, apuesto mozo  
Que de París no ha mucho que ha venido,  
Vive en la casa que está allí a la izquierda.  
Más que en todos los otros  
En él brillan los signos  
De honra y de gentileza.  
A una joven discreta  
Amó con gran pasión,  
Y engañóla...en el nombre del amor.  
Ya sabréis como fue, y yo quisiera  
Que a vosotras os engañen como a ella.

Mandrágora la historia se titula:  
Por qué razón muy pronto entenderéis  
Al escucharla, según yo lo estimo.  
Su autor de mucha fama no disfruta,  
Pero, si no os llegara a entretener,  
Se compromete a convidaros vino.  
Un amante aturdido,  
Un doctor mentecato,

76-104-02  
14-104-11

1081363  
B

COBS

Inders

Un cñerigo taimado  
Y un ganapán más que el demonio vivo,  
Causa serán de vuestro regocijo.

Y si indigna os parece esta materia  
-por ser asaz liviana-  
De hombre que aspira a la sabiduría,  
Perdonarlo debéis, pues sólo espera  
En algo suavizar su vida ingrata  
Con vanas fantasías,  
Porque de otra manera no sabría  
Dónde volver la cara;  
Que le han sido vedadas  
Otras empresas de mayor esmero  
Y sin premio ha quedado su desvelo.

El premio habitual es que la gente  
Se una en la aleve burla,  
De lo que ven o escuchan mal hablando.  
Sin duda alguna, de ese obrar depende  
El que ya no reluzca  
En nuestro siglo la virtud de antaño.  
Y como todos viven criticando,  
Nadie pierde su tiempo  
Ni prodiga su ingenio  
En forjar una obra entre penurias  
Que el viento lleve o que la niebla cubra.

Pero si alguien creyera, criticando,  
Que a mal traer lo tiene  
Y lo aturde o lo deja deslucido,  
Lo pongo en guardia: vaya con cuidado,  
Que él tampoco se muerde,  
Pues sabe usar muy bien de ese arte antiguo;  
Y esté bien convencido  
De que nadie lo asusta  
En el ámbito en donde el sí se escucha,  
Por más que se lo pase lisonjeando  
Al poderoso de lucido manto.

Mas dejemos que hable mal quien quiera  
Y a lo nuestro volvamos,  
pues se nos hace tarde.  
No conviene estimar las malas lenguas,  
Ni deben asustarnos  
Monstruos cuya existencia aún no se sabe.  
Calímaco ya sale  
Y trae consigo a Siro, su criado;  
Os va a poner al tanto  
De cada circunstancia. Estad atentos,  
Que de mí no tendréis otro argumento.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Calímaco, Siro

- CALIMACO Siro, no te vayas, te necesito un rato.
- SIRO Aquí me tenéis.
- CALIMACO Supongo que te sorprendió mi súbita partida de París, y ahora te sorprenderá que me haya pasado un mes aquí sin hacer cosa alguna.
- SIRO Decís verdad.
- CALIMACO Si hasta hoy no te he dicho lo que voy a decirte, no ha sido por desconfiar de tí, sino por juzgar que aquellas cosas que el hombre

no quiere que se sepan, es bueno no decir las salvo fuerza mayor. Y como pienso que he de precisar tu ayuda, quiero decirte todo.

SIRO

Soy vuestro servidor, y los siervos nada deben preguntar a sus señores ni hurgar en sus asuntos. Mas cuando ellos mismos los manifiestan, han de servirlos fielmente. Así lo hice y estoy dispuesto a hacerlo.

CALIMACO

Ya lo sé. Creo que me habrás oído decir mil veces -y no importa que lo oigas mil y una- que tenía diez años cuando mis tutores, pues mi padre y mi madre habían muerto, me enviaron a París, donde permanecí durante veinte años. Y como al cabo de diez, por la pasada del rey Carlos, comenzaron en Italia las guerras que arruinaron esta comarca, decidí establecerme en París y no regresar jamás, pues consideré que podría vivir más seguro en aquel lugar que aquí.

SIRO

Así es.

CALIMACO

Y habiendo encomendado desde París la venta de todos mis bienes, salvo la casa, me reduje a vivir allí, donde pasé otros diez años y muy a mi gusto...

SIRO

Lo sé.

CALIMACO

...repartiendo mi tiempo entre estudios, placeres y negocios; y me daba tal maña en cada una de esas cosas que ninguna estorbaba el rumbo de la otra. Por eso, como tú sabes, vivía muy tranquilo, complaciendo a todo el mundo y procurando no ofender a nadie; de modo que, según creo, me hacía grato a los burgueses, a los gentilhombres, al forastero, al lugareño, al pobre, al rico.

SIRO

Es verdad.

CALIMACO

Pero, considerando la Fortuna que lo pasaba demasiado bien, hizo que cayera por París un tal Camilo Calfucci.

SIRO

Ya comienzo a adivinar vuestros males.

CALIMACO

Lo convidé a menudo, como a todo florentino, y ocurrió que un día, conversando juntos, empezamos una discusión acerca de dónde había más hermosas mujeres, si en Italia o en Florencia. Y puesto que yo no podía opinar sobre las italianas -ya que era muy pequeño cuando partí-, otro florentino que estaba presente tomó la parte francesa y Camilo la italiana, y tras mucho argumentar por ambas partes, concluyó Camilo, algo exaltado, que aunque todas las mujeres italianas fueran unos monstruos, cierta parienta suya era suficiente para rescatar la honra de todas.

SIRO

Ahora entiendo adónde queréis llegar.

CALIMACO

Y nombró a madona Lucrecia, mujer de Nicia Calfucci, acerca de quien prodigó tales alabanzas en cuanto a belleza y virtudes que nos dejó estupefactos a todos, y despertó en mí tanto deseo de verla que, abandonando toda otra determinación y sin pensar ya en las guerras o en la paz de Italia, me encaminé hacia aquí, donde, una vez llegado, pude comprobar que la fama de madona Lucrecia es muy inferior a la verdad -lo cual ocurre muy raras veces-, y tanto me inflama el deseo de estar a su lado que no hallo descanso en ninguna parte.

SIRO

Si me hubieras hablado de ello en París os habría aconsejado, pero ahora no sé que decir.

CALIMACO

Yo no te he dicho todo esto para que dieras consejos, sino para desahogarme un poco y para que te dispongas a ayudarme cuando sea necesario.

SIRO

Si es por eso, ya estoy listo. Pero, ¿tenéis alguna esperanza?

CALIMACO

¡Ay de mí!, ninguna o muy pocas. Te entero: en primer lugar me hostiliza el propio natural de ella, que es honestísima y totalmente ajena a las cosas del amor; luego, que tenga un marido muy rico, que en todo se deja gobernar por ella y que si no es joven, tampoco es

decrépito, según parece; además que no tenga parientes o vecinos con quienes acostumbre pasar una velada o una fiesta o alguna otra diversión con que suelen deleitarse las jóvenes. Ninguna persona de baja condición frecuenta su casa; no tiene sierva o criado que no tiemble en su presencia; de modo que no queda resquicio para intentar ningún soborno.

SIRO                   Entonces, ¿qué pensáis hacer?

CALIMACO            No hay cosa alguna, por desesperada que sea, que no deje asidero a la esperanza y, aunque ésta sea débil y vana, la apetencia y el deseo que el hombre tiene de lograr su objeto no la hacen parecer tal.

SIRO                   En fin, ¿qué es lo que sustenta esa esperanza?

CALIMACO            Dos cosas: una, la simpleza de micer Nicia que, aun siendo doctor, es el hombre más necio y más tonto de Florencia; otra, el ansia que sienten tanto él como ella de tener hijos, pues no habiéndolo logrado en seis años de matrimonio, y como son muy ricos, se mueren del deseo. Y hay una tercera: la madre de ella ha sido algo alegre en otros tiempos; pero es rica, así que no sé cómo aprovecharla.

SIRO                   A todo esto, ¿habéis intentado ya alguna cosa?

CALIMACO            Sí, pero de muy poca monta.

SIRO                   ¿De qué se trata?

CALIMACO            Tú conoces a Ligurio, el que frecuentemente suele comer conmigo. En un tiempo fue casamentero, luego se dedicó a mendigar cenas y almuerzos. Como es un hombre agradable, micer Nicia tiene con él mucha familiaridad, y Ligurio le lleva la corriente; y aunque no lo admite a su mesa, a veces le presta algún dinero. Me granjeé su amistad y le confié mi pasión, y él prometió ayudarme con uñas y dientes.

SIRO                   Mirad que no os engañe: estos buscavidas no suelen tener palabra.

CALIMACO            Es cierto. Sin embargo, si les encomiendas algo que va en su provecho, es probable que te sirvan con celo. Lo prometí, si sale con la suya, regalarle una buena suma de dinero; si falla, ganará igualmente un almuerzo y una cena; de todos modos, no me gusta comer solo.

SIRO                   ¿Y qué es lo que os ha prometido hacer hasta ahora?

CALIMACO            Me ha prometido persuadir a micer Nicia para que en mayo vaya con su mujer a los baños.

SIRO                   ¿Y eso de qué os vale?

CALIMACO            ¿De qué me vale?...Tal vez aquel lugar podría mudar la índole de ella, porque en esos sitios no se hace otra cosa que divertirse. Yo me iría también, y, haciendo gala de todo el ingenio que esté a mi alcance y sin escatimar lujos, procuraría ganar su amistad y la de su marido. Qué se yo...Una cosa trae la otra y el tiempo dirá...

SIRO                   No me parece mal.

CALIMACO            Ligurio me dejó esta mañana diciéndome que hablaría con micer Nicia sobre el asunto y que me tendría informado.

SIRO                   Por allí vienen los dos.

CALIMACO            Me voy a apartar un poco para tener oportunidad de hablar con Ligurio cuando se despida del doctor. Tú, mientras tanto, vete a casa a tus quehaceres y si llego a necesitarte te lo haré saber.

SIRO                   Voy.

ESCENA SEGUNDA

Nicer Nicia, Ligurio

- NICIA           Creo que tus consejos son buenos y anoche hablé de ello con mi mujer. Dijo que hoy me contestaría. Pero, para serte sincero, no me entusiasma para nada la idea de ir hasta allá.
- LIGURIO       ¿Por qué?
- NICIA           Porque no me gusta salir de la cueva...Y tan luego trasladar mujer, criada, trastos: eso no me convence. Además, ayer por la tarde hablé con varios médicos: uno dice que vaya a San Felipe, otro a la Porretta, otro a la Villa...me parecían una manga de pajarracos, y en verdad te digo que estos doctores en medicina no saben ni cómo se llaman.
- LIGURIO       Claro que os debe causar un buen trastorno lo que dijisteis primero, pues no sois afecto a perder de vista la Cúpula.
- NICIA           Te equivocas. En mi juventud he sido bastante andariego. Jamás hubo feria en Prato que yo no perdiera y no hay villa en los alrededores donde no haya estado; y te diré más: estuve en Pisa y en Liorna... ¿qué tal?...
- LIGURIO       Entonces habréis visto la verruga de Pisa.
- NICIA           Querrás decir la Verrúcola.
- LIGURIO       Ah, sí...la Verrúcola. Y en Liorna, ¿visteis el mar?
- NICIA           Pues claro que lo vi.
- LIGURIO       ¿Y es mucho más grande que el Arno?
- NICIA           ¡Qué Arno!, es por lo menos cuatro veces más grande...seis veces... hasta siete diría: no se ve más que agua...agua...agua...
- LIGURIO       Me extraña entonces que después de correr tanto mundo os hagáis problemas por ir a los baños.
- NICIA           Aun tienes gusto a leche en los labios: ¿te parece cosa baladí tener que trastornar toda la casa? Sin embargo, siento tales ansias de tener hijos que estoy dispuesto a todo. Pero háblalo un poco tú con esos maestros y mira adónde me aconsejan que vaya. Entre tanto insistiré con mi mujer y ya nos veremos.
- LIGURIO       Decís bien.

ESCENA TERCERA

Ligurio, Calímaco

- LIGURIO       No creo que haya en el mundo hombre más necio que éste; y sin embargo, ¡cómo lo ha favorecido la fortuna! Es rico, tiene una hermosa mujer, sabia, virtuosa y apta para gobernar un reino. Me parece que rara vez se confirma ese proverbio acerca del matrimonio, que dice: Dios los cría y ellos se juntan; pues tan a menudo suele verse a un hombre de mérito tener en suerte a una bestia o, por el contrario, a una mujer prudente juntada con un loco. Pero, en la locura de éste estriba algo bueno: que Calímaco tiene en que fundar sus esperanzas. Mas aquí lo veo. ¿Qué estás acechando, Calímaco?
- CALIMACO      Te había visto con el doctor y esperaba que te despidieras de él para saber qué hiciste.
- LIGURIO       Ya conoces la condición de este hombre: poca prudencia, menos ánimo. No se decide a salir de Florencia. Pero le calenté la mollera y por fin me ha dicho que está dispuesto a cualquier cosa. Creo que cuando el asunto nos convenga no tardaremos en convencerlo del todo. Pero, no sé hasta que punto sacaremos partido.

CALIMACO

¿Por qué?

LIGURIO

¿Qué sé yo?...Tú sabes que a esos baños va toda clase de gente; podría caer otro hombre más rico y más agraciado a quien madona Lucrecia gustara tanto como a tí; de modo que corremos el riesgo de estar trabajando para otro; o podría ocurrir que la mucha competencia la torne más esquiva; o que, cediendo, se brinde a otro y no a ti.

CALIMACO

Reconozco que estás en lo cierto. Pero, ¿qué debo hacer?, ¿qué partido tomaré?, ¿a qué he de recurrir? Necesito intentar algo, aunque sea desmedido, peligroso, pernicioso, infame. Mejor muerto que vivir así. Si pudiera dormir por las noches, si pudiera comer, si pudiera conversar, si pudiera hallar placer en algo, tendría más paciencia y daría tiempo al tiempo; pero esto no tiene remedio y si no me sostiene la esperanza en algún ardid sin duda me moriré, y, muerto por muerto, no me sujeta ningún temor: soy capaz de tomar cualquier determinación, por bestial, cruel o abominable que sea.

LIGURIO

No digas eso, contiene esos ímpetus.

CALIMACO

Bien sabes que para contenerlos me alimento de vagas fantasías. Por eso es necesario que insistamos en que vayan a los baños o inventemos otro recurso que me depare una esperanza, aunque sea ilusoria, con la que pueda sustentarse mi imaginación y que en algo mitigue tanto afán.

LIGURIO

Tienes razón, yo lo arreglaré.

CALIMACO

Te creo, aunque sepa que tus iguales viven embaucando a los demás. Sin embargo, no lo conseguirás conmigo, porque si lo intentaras y yo llegara a percatarme, pondría reparos: te cerraría la puerta de mi casa y perderías la esperanza de obtener lo que te tengo prometido.

LIGURIO

No dudes de mi lealtad, pues aunque no mediara ese provecho que dices -y en el cual confío- el ardor de tu sangre me ha contagiado de tal modo que deseo tanto como tú que satisfagas ese afán. Pero dejemos eso. El doctor me ha encomendado que busque a un médico para preguntarle a qué baños le conviene ir. Quiero que hagas esto a mi manera: dirás que cursaste estudios en medicina y que en París realizaste algunas experiencias; te lo creerá fácilmente, tanto por su simpleza como por ser tú hombre letrado que podrá decirle algo en latín.

CALIMACO

¿De qué nos servirá todo eso?

LIGURIO

Nos servirá para mandarlo a los baños que nos parezcan mejores y para intentar otra estratagema que tengo en mente, que será más breve, más certera y más factible que los baños.

CALIMACO

¿Qué dices?

LIGURIO

Digo que si tienes valor y confías en mí te prometo que antes de mañana a esta misma hora todo estará resuelto. Y aunque al fulano se le ocurriera tratar de averiguar -lo cual no creo- si tú eres o no médico, la brevedad del tiempo y la naturaleza del asunto harán que no razone o que no alcance a malograrnos el proyecto por mucho que se devane los sesos.

CALIMACO

Me devuelves la vida. Esa promesa es demasiado grande y me infunde demasiada esperanza. ¿Cómo harás?

LIGURIO

Ya lo sabrás cuando sea oportuno; por ahora no hace falta que te lo diga, pues el tiempo ni nos va a alcanzar para los hechos y no conviene malgastarlo hablando. Tú, vete a casa y espérame; yo me iré a buscar al doctor, y si logro llevarlo a tu presencia, tendrás que guiarte por mis palabras y acomodarse a ellas.

CALIMACO

Así lo haré, aunque me colmas de una esperanza que temo se disipe como el humo.

CANCION

Quien no conozca, Amor, tu fuerte imperio  
 Inútilmente espera  
 Alcanzar fe certera  
 Del más alto valor que mora el cielo;  
 Ni ha de saber cómo se vive y muere  
 En un breve momento,  
 Cómo al daño se busca y al bien se aleja,  
 Cómo más que a sí mismo ...  
 Puede amarse a otro ser, ni cómo suelen  
 Esperanza y temor con fuego e hielo  
 Turbar al corazón,  
 Ni sabrá que tu flecha a hombres y dioses  
 Con su veneno hiere por igual.

ACTO SEGUNDO

ESCEMA PRIMERA

Ligurio, Nicer Nicia, Siro

LIGURIO Como ya os dije, creo que Dios nos ha enviado a este hombre para que podáis ver cumplido vuestro deseo. En París realizó experiencias muy importantes, y nos os extraña si en Florencia no ha ejercido su arte, pues la razón estriba primero en que es muy rico y segundo en que está a punto de volver a París.

NICIA ¡Tate, tate, hermano!, eso tiene sus inconvenientes: no quisiera meterme en un berenjenal para que luego me dejen plantado.

LIGURIO No temáis por eso; lo que os debe preocupar es que no quisiera atender vuestro caso, pero, si se hace cargo, no es tal que desista antes de llevarlo a buen término.

NICIA Esa parte la dejo por tu cuenta; pero, en lo que hace a la ciencia, con sólo hablarle te diré si es hombre de doctrina, porque a mí no ha de hacerme pasar gato por liebre.

LIGURIO Justamente porque os conozco os traigo a que le habléis. Y si tras de hablarle consideráis que por su presencia, por su doctrina, por su plática no es hombre digno de que os pongáis en sus manos, decid entonces que yo no soy Ligurio.

NICIA Y bien, vamos...y que el cielo nos asista. Pero, ¿dónde vive?

LIGURIO Frente a esta plaza, en esa puerta que está delante vuestros ojos.

NICIA Llama, pues.

LIGURIO Ya está.

SIRO ¿Quién es?

LIGURIO ¿Está Calímaco?

SIRO Sí, está.

NICIA ¿Cómo no dices maestro Calímaco?

LIGURIO El no se fija en esas minucias.

NICIA No digas eso; haz lo que te corresponde, y si no le gusta, allá él.

ESCENA SEGUNDA

Calímaco, micer Nicia, Ligurio

- CALIMACO      ¿Quién me busca?
- NICIA            Bona dies, domine magister.
- CALIMACO      Et vobis bona, domine doctor.
- LIGURIO        ¿Y...qué tal?
- NICIA            ¡Bien, por los Evangelios!
- LIGURIO        Si queréis que me quede con vosotros, tendréis que hablar de modo que os entienda, de lo contrario me largo.
- CALIMACO      ¿Qué andáis buscando?
- NICIA            Que sé yo...ando buscando dos cosas a las que cualquier otro, tal vez, les dispararía: esto es, acarrear molestias para mí y para los demás. No tengo hijos y quisiera tenerlos, y por buscarme este fastidio vengo a fastidiaros a vos.
- CALIMACO      Jamás habrá de fastidiarme complaceros a vos y a todos los hombres virtuosos y de bien como vos, y si durante tantos años me desvelé estudiando en París, no ha sido sino para poder servir a los de vuestra condición.
- NICIA            Os doy mil gracias; y si llegarais a necesitar de mi arte, os serviría con gusto. Pero volvamos ad rem nostram. ¿Habéis pensado qué baños serían convenientes para que mi mujer quede encinta?; porque tengo entendido que Ligurio ya os ha puesto al corriente.
- CALIMACO      Es cierto, mas para que pueda cumplirse vuestro deseo es necesario conocer la causa de la esterilidad de vuestra mujer, porque pueden ser varias. Nam causae sterilitatis sunt: aut in semine, aut in matrice, aut in strumentis seminariis, aut in virga, aut in causa extrinseca.
- NICIA            Este es el hombre más sabio que hubiéramos podido encontrar.
- CALIMACO      Además, esta esterilidad podría tener su origen en vos, por impotencia; y si así fuera, no habría remedio posible.
- NICIA            ¿Impotente yo?...¡Oh, no me hagáis reír! No creo que haya en toda Florencia hombre más gallardo y lozano que yo.
- CALIMACO      Siendo así, quedaos tranquilo que habremos de hallar algún remedio.
- NICIA            ¿Y no habría uno que no fuera los baños?, pues no quisiera tomarme esa molestia, y mi mujer no saldría de buen grado de Florencia.
- LIGURIO        Claro que lo hay, si es lícito que yo os responda. Calímaco es muy discreto, hasta por demás. ¿No me habíais dicho que sabéis preparar unas pociones que sin falta provocan el embarazo?
- CALIMACO      Sí, es cierto. Pero soy cauteloso con las personas que no conozco, pues no quisiera que me tuviesen por charlatán.
- NICIA            No dudéis de mí, porque me habéis deslumbrado de tal modo que no hay cosa en el mundo que no crea o haga, si vos lo disponéis.
- LIGURIO        Supongo que es preciso que veáis los orines.
- CALIMACO      Sin duda, es totalmente indispensable.
- LIGURIO        Llama a Siro, que acompañe al doctor a su casa para ese menester y vuelva luego; nosotros lo esperaremos dentro.



CALIMACO Siro, vé con él. Y si os parece bien, micer, tornad aquí en seguida y pensaremos en algo oportuno.

NICIA ¿Qué si me parece bien? Volveré en un instante, pues tengo más fe en vos que los húngaros en sus espadas.

ESCENA TERCERA

Micer Nicia, Siro

NICIA Este amo tuyo es hombre de gran valía.

SIRO Más de lo que vos creéis.

NICIA El rey de Francia lo debe tener en mucho aprecio.

SIRO Bastante.

NICIA Así que se hallará muy a su gusto en Francia.

SIRO Ya lo creo.

NICIA Y hace muy bien. En este país no hay más que tacaños y no se aprecia virtud alguna. Si se quedara aquí nadie le miraría la cara. Sé lo que te digo, porque yo me rompí el alma para aprender cuatro cosas y si tuviera que vivir de ello estaría listo; ni qué hablar...

SIRO ¿Ganáis cien ducados al año?

NICIA Ni cien liras -¿qué digo?-, ni cien gruesos. Así van las cosas, pues en esta tierra los de mi condición que no tienen un cargo público, no encuentran ni un perro que les ladre, y no servimos sino para ir a velorios y casamientos o para estarnos el día entero sentados en el banco de Procónsul como mujerzuelas. Pero, lo que es por mí, que se embromen: yo no preciso de nadie, y ojalá muchos pudieran decir lo mismo. No quisiera, sin embargo, que esto se divulgue... porque no faltaría quien me pegue un susto o me dé un palo por detrás y me deje medio muerto.

SIRO Perded cuidado.

NICIA Ya llegamos. Espérame aquí, en seguida vuelvo.

SIRO Id con Dios.

ESCENA CUARTA

Siro, Solo

SIRO Si todos los doctores tuvieran la hechura de éste, estaríamos listos. Y doy por descontado que ese granuja de Ligurio y el loco de mi amo lo llevarán de la nariz hasta llenarlo de oprobio. Y en verdad que no me disgustaría, si no temiera que esto alcance estado público, porque si así fuera peligraría mi vida, la de mi señor y todos sus bienes. Ya se ha transformado en médico. Yo no sé que embrollo estarán tramando ni dónde habrá de tenderse el lazo. Pero, ya viene el doctor con un orinal en la mano. ¿Quién no se moriría de risa con semejante pajarraco?

ESCENA QUINTA

Micer Nicia, Siro

NICIA Siempre he hecho todo según tu antojo, esto quiero que lo hagas a mi manera. De haber sabido que no ibas a darme hijos, hubiera preferido casarme con una campesina. ¿Estás ahí, Siro? Vamos pues. Lo que me ha costado conseguir que esta tonta mujer me entregara estos orines.

Y no es que no desee tener hijos, que eso la tiene más preocupada que a mí; pero en cuanto quiero que haga una nonada, es toda una odisea.

SIRO Tened paciencia, que con palabras gentiles las mujeres suelen dejarse llevar adonde uno quiere.

NICIA ¿Palabras gentiles? Ya me tiene podrido. Vé ligero y dile al maestro y a Ligurio que estoy de vuelta.

SIRO Están saliendo.

ESCENA SEXTA

Ligurio, Calinaco, y Nicer Nicia

LIGURIO Al doctor lo persuadiremos fácilmente; la dificultad estriba en la mujer, pero ya encontraremos la forma.

CALINACO ¿Tenéis los orines?

NICIA Los tiene Siro ahí abajo.

CALINACO Trae acá. ¡Oh!, estos orines denotan flojedad de riñones.

NICIA Parecen algo turbios, sin embargo los hizo hace un ratito.

CALINACO No os extrañéis: nam mulieris urinae sunt semper maioris grossitiei et albedinis et minoris puichritudinis quam virorum. Huius autem, in caetera, causa est amplitudo canalium, mixtio eorum quae ex matrice exeunt cum urina.

NICIA ¡Ah, por todos los santos! Este hombre me parece cada vez más extraordinario. Mira qué bien habla de esas cosas.

CALINACO Me temo que a este mujer no se la cubra bien por la noche, por eso le salen los orines crudos.

NICIA Sin embargo se tapa con una buena colcha; pero se queda como dos horas de rodillas ensartando padrenuestros antes de meterse en la cama; es un verdadero animal para aguantarse el frío.

CALINACO En fin, doctor, todo depende de que me tengáis confianza. Yo, por mi parte, el remedio lo tengo. Si me tenéis fe, haréis lo que os diga, y si de aquí a un año vuestra mujer no tiene su hijito en brazos, me comprometo a regalaros dos mil ducados.

NICIA Hablad nomás, pues estoy dispuesto a obedeceros en todo y a daros más crédito que a mi confesor.

CALINACO Escuchad bien lo siguiente: no hay cosa más infalible para que una mujer quede encinta que hacerle tomar una poción hecha con mandrágora. He tenido oportunidad de experimentar lo dicho varias veces y siempre ha sido eficaz; de no ser así, la reina de Francia sería estéril, al igual que muchas otras princesas de ese Estado.

NICIA ¿Será posible?

CALINACO Es tal como os digo. Y tanto os protege la fortuna que he traído conmigo todos los ingredientes necesarios para preparar esa poción, y podréis tenerla cuando os guste.

NICIA ¿Cuándo la debería tomar?

CALINACO Esta noche luego de cenar, pues la luna es propicia y el momento no podría ser más oportuno.

NICIA Tal vez me cueste un poco convencerla. De todos modos, preparadla. Yo se la haré tomar.

- CALIMACO Ahora habrá que examinar un detalle: el hombre que por primera vez yazca con ella, después de que haya tomado la poción, muere en el término de ocho días y no hay cosa en el mundo que pueda salvarlo.
- NICIA ¡Lijerda! ¡A otro con ese mejunje!, ¡a mí no me lo vas a endilgar! Bonito arreglo el vuestro.
- CALIMACO Tened calma: hay un remedio.
- NICIA ¿Cuál?
- CALIMACO Hacer que otro duerma con ella, de modo que al pasar una noche juntos absorba toda la infección de la mandrágora.
- NICIA Eso sí que no lo voy a hacer.
- CALIMACO ¿Por qué?
- NICIA Porque no quiero convertir a mi mujer en una ramera y a mí en un cornudo.
- CALIMACO ¿Qué decís, doctor? Parecéis menos sabio de lo que creía. ¿Conque dudáis en hacer lo que hizo el rey de Francia y otros muchos principales de por allá?
- NICIA ¿Y dónde queréis que encuentre a alguien que se preste a semejante locura? Si le digo de qué se trata, no va a querer; si no se lo digo lo traiciono, y tendría que vérmelas con los Ocho. No, no quiero terminar mal.
- CALIMACO Si eso es lo único que os preocupa, dejadlo por mi cuenta.
- NICIA ¿Y cómo os arreglaréis?
- CALIMACO Muy simple: yo os entregaré la poción esta noche, después de que hayáis cenado, vos se la haréis tomar, la mandaréis a la cama en seguida y aguardaréis a que sea la cuarta hora de la noche. Luego nos disfrazaremos, vos, Ligurio, Siro y yo, e iremos a la busca por el Mercado Nuevo o el Mercado Viejo u otros lugares parecidos: al primer pelafustán que encontremos haraganeando, lo amordazamos y a palo limpio lo llevamos a vuestra casa y lo hacemos entrar en la alcoba, a oscuras. Una vez allí, lo metemos en la cama, le decimos lo que tiene que hacer, y no habrá dificultad alguna. Después, por la mañana, lo pondréis de patitas en la calle antes de que aclare; haréis que vuestra mujer se lave y gozaréis de ella a vuestras anchas y sin peligro.
- NICIA A mí me parece bien, especialmente si -como dijisteis antes- reyes y príncipes lo han hecho de la misma manera. Pero, por sobre todo, que no se sepa, ¡por amor de los Ocho!
- CALIMACO ¿Quién queréis que lo divulgue?
- NICIA Nos queda por resolver un detalle, y no es poca cosa.
- CALIMACO ¿Cuál?
- NICIA Convencerla a mi mujer, pues no creo que lo consienta jamás.
- CALIMACO Decís verdad. Pero yo preferiría no estar casado si no pudiera convencerla a hacer las cosas a mi manera.
- LIGURIO Tengo pensado un remedio.
- NICIA ¿Cómo sería?
- LIGURIO Persuadirla usando al confesor.
- CALIMACO ¿Y quién persuade al confesor?
- LIGURIO Tú, yo, el dinero, nuestra astucia y la codicia de él.

NICIA Dudo de que quiera ir a hablar con el confesor si se lo pido yo solo.

LIGURIO También para eso hay remedio.

CALIMACO ¡Dí pues!

LIGURIO Que la conduzca su madre.

NICIA A ella sí que le hace caso.

LIGURIO Y yo sé que la madre va a compartir nuestra opinión. ¡Animo!, ganemos tiempo, que ya se hace de noche. Tú, Calímaco, vete a pasear y procura que dentro de dos horas te hallemos en tu casa con la poción en regla. El doctor y yo iremos a lo de la madre para convencerla, pues también la conozco bastante. Luego visitaremos al fraile y te pondremos al tanto de lo que hayamos arreglado.

CALIMACO ¡Ay, no me dejes solo!

LIGURIO Pareces un nescado hervido.

CALIMACO ¿Adónde quieres que vaya ahora?

LIGURIO Por acá, por allá, por esta calle o por esa otra: es tan grande Florencia.

CALIMACO Ya me muero.

CANCION

Cuán dichoso se siente ver pudimos  
Quien nace tonto y a todos presta oídos.  
Ambición no lo acucia,  
No lo apremia el temor,  
Que suelen ser simiente  
De afanes y dolor.  
Vuestro amigo, el doctor,  
Si le prometen hijos,  
No tardaría en creer  
Que vuelan los borricos.  
De todo bien de pronto se ha olvidado,  
Pues su deseo lo tiene trastornado.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Sóstrata, micer Nicia, Ligurio

SOSTRATA Siempre oí decir que es propio del hombre prudente elegir de entre varios males el menor. Si para tener hijos no halláis otro remedio, habrá que acomodarse a éste, mientras no resulte un cargo de conciencia.

NICIA Así es.

LIGURIO Vos iréis a buscar a vuestra hija, y micer y yo iremos a ver a fray Timoteo, su confesor, y le contaremos nuestro caso para que no tengáis que explicárselo vosotras. Veréis entonces qué os aconseja.

SOSTRATA Así se hará. Esa es la calle que debéis tomar; yo voy a buscar a Lucrecia y he de llevarla a hablar con el fraile cueste lo que cueste.

ESCEÑA SEGUNDA

Nicer Nicia, Ligurio

- NICIA Tal vez te extrañe. Ligurio, que haya que hacer tantas historias para convencer a mi mujer; pero si supieras todo no te extrañaría.
- LIGURIO Supongo que será porque todas las mujeres son desconfiadas.
- NICIA No es eso. Ella era la persona más dulce del mundo y la más dócil; pero, cierta vez, una vecina le dijo que si hacía la promesa de oír durante cuarenta mañanas la primera misa en la Iglesia de los Siervos quedaría encinta; así lo hizo, y asistió por lo menos veinte mañanas. Como era de esperarse, uno de esos sotanudos empezó a rondarla, de modo que no quiso volver más. ¡También!, es bastante lamentable que aquellos que deberían darnos el buen ejemplo tengan semejantes mañas. ¿No es así?
- LIGURIO ¡Diantre, claro que es así!
- NICIA Desde entonces está siempre alerta, y con proponerle una nonada le pone a uno mil trabas.
- LIGURIO Ya no me extraña. Pero, esa promesa, ¿cómo la cumplió?
- NICIA Se hizo dispensar.
- LIGURIO Está bien. Ahora dadme, si tenéis encima, veinticinco ducados, porque en estos casos es bueno ser generoso y ganar la confianza del fraile en seguida, dándole esperanza de mejores recompensas.
- NICIA Aquí tienes. El gasto no me importa, ya sabré economizar por otro lado.
- LIGURIA Estos frailes son taimados, astutos, y es razonable, pues saben nuestros pecados y los suyos. Quien no los conozca bien podría llevarse un chasco y no sacar nada en limpio. Por eso no quisiera que vos, al hablar, lo arruinaras todo, porque los hombres de vuestra condición, que se pasan el día estudiando, entienden mucho de libros y nada saben de las cosas del mundo. (Este es tan bobo que tengo miedo de que lo eche todo a perder.)
- NICIA Dime pues qué quieres que haga.
- LIGURIO Que me dejéis hablar a mí y no abráis la boca sino cuando os haga señas.
- NICIA De acuerdo. ¿Qué seña me harás?
- LIGURIO Guiñaré un ojo...me morderé el labio...Pero, no. Hagámoslo de otro modo. ¿Cuánto hace que no habláis con el fraile?
- NICIA Más de diez años.
- LIGURIO Está bien: le diré que os habéis vuelto sordo y vos no contestaréis ni diréis palabra mientras no hablemos fuerte.
- NICIA Así lo haré.
- LIGURIO No os preocupéis si digo algo que no os parezca conforme a nuestro propósito, pues todo acabará bien.
- NICIA En buena hora.

ESCENA TERCERA

Fray Timoteo, una mujer

- TIMOTEO Si os queréis confesar, estoy a vuestra disposición.
- MUJER Por hoy no, me están esperando; me basta con haberme desahogado un poco así, de pie. ¿Habéis dicho esas misas a Nuestra Señora?
- TIMOTEO Sí, mandona.
- MUJER Tomad ahora este florín: diréis durante dos meses, todos los lunes, la misa de difuntos por el alma de mi marido. Aunque fue un mal hombre, la carne llama y no puedo dejar de extrañarlo cuando me acuerdo. ¿Creéis que estará en el purgatorio?
- TIMOTEO Sin duda.
- MUJER Yo no estoy tan segura... Vos sabéis muy bien lo que me hacía a veces. Ah, cuánto me lamenté de ello con vos. Me apartaba siempre que podía, pero él era tan porfiado. ¡Huy, Dios Santo!...
- TIMOTEO No temáis: la clemencia de Dios es grande, y si el hombre lo desea, nunca le falta tiempo para arrepentirse.
- MUJER ¿Creéis que el turco entrará este año en Italia?
- TIMOTEO Si no decís vuestras oraciones, sí.
- MUJER ¡Ay de nosotros! Dios nos salve de esas diabluras: me aterroriza eso del empalamiento. Pero ahí veo en la iglesia a una mujer que tiene un tejido mío; voy a verla. Que tengáis buen día.
- TIMOTEO Id con Dios.

ESCENA CUARTA

Fray Timoteo, Ligurio, Micer Nicia

- TIMOTEO Nadie hay más caritativo que las mujeres, ni más fastidioso tampoco. El que las echa, evita el fastidio y pierde la utilidad; el que las secunda, gana a la vez la utilidad y el fastidio. La verdad es que no hay miel sin moscas. ¿Qué andáis haciendo, hombres de bien? ...¿No sois acaso micer Nicia?
- LIGURIO Hablad fuerte, pues se ha vuelto tan sordo que ya no oye nada.
- TIMOTEO Que seáis bienvenido, micer.
- LIGURIO Más fuerte.
- TIMOTEO ¡Bienvenido!
- NICIA ¡Y bien hallado, padre!
- TIMOTEO ¿Qué andáis haciendo?
- NICIA Muy bien, padre.
- LIGURIO Dirigíos a mí, padre, porque si pretendéis que os diga, tendréis que alborotar toda la plaza.
- TIMOTEO ¿En qué puedo servirlos?
- LIGURIO Aquí micer Nicia, y otro hombre de bien que conoceréis luego, quieren distribuir en limosnas varios centenares de ducados.
- NICIA ¡Mierda!

- LIGURIO (Callad, enhoramala, que no serán tantos.) No os maravilléis, padre, de las cosas que diga, porque a veces le parece oír algo y contesta cualquier cosa.
- TIMOTEO Sigue nomás, y déjalo que diga lo que quiera.
- LIGURIO De ese dinero tengo conmigo una parte; han pensado que seáis vos quien lo distribuya.
- TIMOTEO Con mucho gusto.
- LIGURIO Pero, antes de que se haga esta limosna, es necesario que nos ayudéis en un caso bastante raro que le ha acontecido a micer: sólo vos podéis socorrerlo, pues está en juego todo el honor de su familia.
- TIMOTEO ¿De qué se trata?
- LIGURIO No sé si conoceréis a Camilo Calfucci, sobrino de micer.
- TIMOTEO Sí, lo conozco.
- LIGURIO A causa de ciertos negocios partió hace un año para Francia, y como no tiene esposa -pues ha muerto-, dejó una hija casadera a resguardo en un monasterio, cuyo nombre no viene al caso.
- TIMOTEO ¿Y qué pasó?
- LIGURIO Pasó que -por descuido de las monjas o por falta de sesos de la muchacha- está encinta de cuatro meses. De modo que, si no se repara el asunto con prudencia, el doctor, las monjas, la muchacha, Camilo, la casa de los Calfucci, todos caerán en el vituperio. El doctor sufre tanto por esa vergüenza que ha hecho la promesa de donar trescientos ducados por el amor de Dios, si el asunto no llega a descubrirse.
- NICIA ¡Qué disparate!
- LIGURIO (Callad.) Y los donará por vuestras manos. Sólo vos y la abadesa podéis ayudarnos.
- TIMOTEO ¿Cómo?
- LIGURIO Persuadiendo a la abadesa de que haga tomar a la muchacha una poción para hacerla abortar.
- TIMOTEO Eso no es broma.
- LIGURIO Considerad cuánto bien resultaría, si os decidierais a hacerlo: salváis el buen nombre del monasterio, de la muchacha y de los parientes, devolvéis al padre una hija, complacéis a micer Nicia y a tantos otros de la familia, distribuís tantas limosnas como puede hacerse con estos trescientos ducados; y, por otra parte, no ofendéis sino un pedazo de carne aún sin vida, sin sentidos, que de mil maneras puede malograrse; además, creo que el mejor bien es el que beneficia a los que son más, y que más sabrán apreciarlo.
- TIMOTEO Así sea, en nombre de Dios. Hágase vuestra voluntad y por Dios y por la caridad todo acabe en lo mejor. Decidme qué monasterio es ése, entregadme la poción y -si os parece bien- ese dinero, para que pueda empezar a hacer algún bien.
- LIGURIO Ahora sí, reconozco en vos a aquel religioso que siempre estimé que erais. Tomad esta parte del dinero prometido. El monasterio es... Pero, esperad, una mujer me está haciendo señas desde la iglesia. Volveré en seguida, no os separéis de micer Nicia, quiero hablar con ella.

ESCENA QUINTA

Fray Timoteo, micer Nicia

- TIMOTEO Esta muchacha, ¿qué edad tiene?
- NICIA Yo estoy asombrado.
- TIMOTEO Digo, ¿qué edad tiene esta muchacha?
- NICIA ¡Ojalá reviente!
- TIMOTEO ¿Por qué?
- NICIA Para que tenga lo que se merece.
- TIMOTEO Me parece que me metí en un lío. Tengo que habérmelas con un loco y con un sordo. Uno dispara, el otro no oye. Pero, si el dinero es de ley, sabré aprovecharlo mejor que ellos. Ya vuelve Ligurio.

ESCENA SEXTA

Ligurio, Fray Timoteo, micer Nicia

- LIGURIO No abráis la boca, micer. ¡Ah, tengo una gran noticia, padre!
- TIMOTEO ¿Qué noticia?
- LIGURIO La mujer con quien hablé me dijo que la muchacha ha abortado por sí misma.
- TIMOTEO Bueno, se me hizo humo la limosna.
- LIGURIO ¿Qué decís?
- TIMOTEO Digo que ahora más que nunca debéis donar esa limosna.
- LIGURIO La limosna se hará cuando os parezca, pero es necesario que hagáis otra cosa en beneficio del doctor.
- TIMOTEO ¿Qué cosa es ésa?
- LIGURIO Una cosa de menor monta, de menor escándalo, más grata para nosotros, más provechosa para vos.
- TIMOTEO ¿De qué se trata? Me siento tan a gusto con vosotros y me parece que he adquirido tal familiaridad que no existe cosa que no haría para complaceros.
- LIGURIO Os explicaré en la iglesia, a solas. El doctor no tendrá inconvenientes en esperarnos aquí. Volvemos en seguida.
- NICIA ¡Ojalá se pierdan!
- TIMOTEO Vamos.

ESCENA SEPTIMA

Micer Nicia, solo

- NICIA ¿Es de día o de noche? ¿Sueño o estoy despierto? ¿Estaré borracho -y eso que hoy no he tomado una gota- para dejarme envolver en semejantes enredos? Quedamos en decirle al fraile una cosa y ése sale con otra; después quiso que me hiciera el sordo, y hubiera sido necesario que me taponara los oídos como el Danés para no oír los disparates que ha dicho, ¡Dios sabe con qué propósito! Tengo veinticinco ducados menos y de mi asunto todavía no se ha hablado. Ahora me dejaron en la estaca como a un papanatas. Pero ahí vuelven. Que se los lleve el demonio si no han resuelto lo mío.



ESCEÑA OCTAVA

Fray Timoteo, Ligurio, micer Nicia

- TIMOTEO      Enviadme a las mujeres. Sé lo que tengo que hacer, y si mi autoridad vale algo, concluiremos el parentesco esta misma noche.
- LIGURIO      Micer Nicia, fray Timoteo está dispuesto a arreglarlo todo. Ahora falta que vengan las mujeres.
- NICIA          Me devuelves la vida. ¿Será varón?
- LIGURIO      Varón.
- NICIA          Lloro de ternura.
- TIMOTEO      Idos dentro de la iglesia; yo esperaré aquí a las mujeres. Situaos en un lugar donde no puedan veros y, una vez que se hayan marchado, os contaré lo que han resuelto.

ESCEÑA NOVENA

Fray Timoteo, solo

- TIMOTEO      Yo no sé quién ha engañado a quién. Este crápula de Ligurio se me vino con la primera historia para tentarme, de modo que, si yo no consentía, no me hubiera contado la segunda para no revelar su propósito en balde, mientras que de la falsa no se preocupaba. Es cierto que caí en la trampa, pero no es menos cierto que la trampa me conviene. Micer Nicia y Calímaco son ricos, y de cada uno, por distintos motivos, he de sacar bastante provecho. La cosa quedará en secreto, pues tanto le conviene divulgarla a ellos como a mí. Sea lo que fuere, no me arrepiento. Por cierto que no será sencillo, porque madona Lucrecia es prudente y buena; pero, yo la engañaré justamente por su bondad. Todas las mujeres son cortas de entendimiento, y si una sabe engarzar dos palabras, ya es para divulgarlo, pues en tierra de ciegos el tuerto es rey. Ahí viene con su madre, que es un verdadero animal y me prestará gran ayuda para conseguir mi propósito.

ESCEÑA DECIMA

Sóstrata, Lucrecia

- SOSTRATA      Quiero que te convenzas, hija mía, de que yo estimo tu honra como nadie en el mundo y de que jamás te aconsejaría cosa alguna que no estuviese bien. Te he dicho y te repito que, si fray Timoteo considera que no hay cargo de conciencia, lo hagas sin pensarlo dos veces.
- LUCRECIA      Siempre temí que el afán que siente micer Nicia por tener hijos nos llevara a cometer alguna imprudencia, y es por eso cada vez que él me habla de alguna panacea me pongo recelosa e intranquila -máxime después de que me ocurrió lo que va sabéis por ir a la Iglesia de los Siervos. Pero, de todo aquello que se ha intentado, esto me parece lo más increíble: tener que someter mi cuerpo a esta afrenta, ser la causa de que un hombre muera por haberme afrentado...aunque fuera la única mujer que ha quedado en el mundo y de mí tuviera que resurgir la humanidad toda, jamás concebiría que fuera lícito semejante proceder.
- SOSTRATA      Yo no sé decirte de esas cosas, hija mía. Hablarás con el fraile, verás lo que opina, y harás luego lo que te aconsejemos él, nosotros y quienes te quieren bien.
- LUCRECIA      Me dan sudores fríos.

ESCENA DECIMOPRIMERA

Fray Timoteo, Lucrecia, Sostrata

- TIMOTEO Sed bienvenidas. Ya sé lo que queréis saber de mí, pues micer Nicia me ha hablado. En verdad hace más de dos horas que estoy consultando mis libros para estudiar este caso, y después de largo examen encuentro muchos argumentos que, tanto en lo particular como en lo general, hacen a nuestro asunto.
- LUCRECIA ¿Habláis en serio o en burla?
- TIMOTEO Ah, madona Lucrecia, ¿son éstas cosas para burlarse? ¿Acaso no me conocéis?
- LUCRECIA Sí, padre, pero esto me parece lo más extraño que jamás se haya oído.
- TIMOTEO Madona, os comprendo, pero no quiero que sigáis pensando de ese modo. Son muchas las cosas que de lejos parecen terribles, insoportables, extrañas, y cuando uno se les acerca resultan humanas, soportables, corrientes. Por eso se dice que es peor el miedo que la enfermedad; así es nuestro caso.
- LUCRECIA Dios quiera.
- TIMOTEO Pero, volvamos a lo que os decía primero. Por la tranquilidad de vuestra conciencia debéis considerar esta ley general; que donde hay un bien cierto y un mal incierto, nunca se debe dejar el bien por miedo al mal. En lo nuestro hay un bien cierto: quedaréis encinta y ganaréis un alma para nuestro Señor; el mal incierto estriba en que aquel que yazca con vos después de que haváis tomado la poción, acabe muerto. Pero los hay que no mueren; mas como la cosa es dudosa, es un bien que micer Nicia no corra ese riesgo. En cuanto al acto, que sea pecaminoso es una fábula, pues es la voluntad la que peca, no el cuerpo. Causa de pecado sería contrariar al propio marido, y vos lo complacéis, o hallar placer en ese acto, y a vos os disgusta. A más de todo eso, nunca hay que perder de vista el fin de las acciones. El fin de la vuestra es llenar un sitio en el paraíso y contentar a vuestro marido. Dice la Biblia que las hijas de Lot, creyendo que habían quedado solas en el mundo, se unieron al padre; y, como su intención fue buena, no pecaron.
- LUCRECIA ¿De qué me queréis persuadir?
- SOSTRATA Déjate persuadir, hija mía. ¿Lo ves que una mujer sin hijos no tiene casa?: muere el marido y se queda como un perro, abandonada por todos.
- TIMOTEO Madona, os juro por este pecho sagrado que es tan grave obedecer en esto a vuestro marido, como comer carne en día miércoles, que es un pecado que se va nonás con el agua bendita.
- LUCRECIA ¿Adónde queréis llevarme, padre?
- TIMOTEO Quiero llevaros a cumplir actos por los cuales os acordaréis siempre de mí en vuestras oraciones, y más os agradará dentro de un año que no ahora.
- SOSTRATA Ella hará lo que vos mandáis. Esta noche, yo misma la meteré en la cama, yo. ¿De qué tienes miedo, mocosa? Hay más de cincuenta mujeres en esta tierra que agradecerían al cielo por algo así.
- LUCRECIA Me rindo; pero no creo que mañana siga con vida.
- TIMOTEO No temas, hija mía: rezaré a Dios por tu bien y diré la oración del Arcángel Rafael, para que te acompañe. Idos en paz y preparaos para este misterio, que ya se hace de noche.
- SOSTRATA Quedad con Dios, padre.

LUCRECIA Que Dios y Nuestra Señora me ayuden para que todo esto no acabe mal.

ESCENA DUODECIMA

Fray Timoteo, Ligurio, micer Nicia

TIMOTEO Eh, Ligurio, salid ya.

LIGURIO ¿Cómo anda eso?

TIMOTEO Bien. Se han ido para la casa dispuestas a todo, y no habrá dificultades, porque la madre se quedará con ella y quiere meterla en la cama con sus propias manos.

NICIA ¿Es cierto lo que decís?

TIMOTEO Ajá, se os curó la sordera.

LIGURIO San Clemente le hizo una gracia.

TIMOTEO Entonces tenéis que donar una imagen, para que se levante un poco de alharaca y se sepa que he tenido parate en el milagro.

NICIA No nos distraigamos. ¿No pondrá mi mujer dificultades para hacer lo que le mando?

TIMOTEO Ya os he dicho que no.

NICIA Soy el hombre más feliz del mundo.

TIMOTEO Ya lo creo. Os tocará un hijo varón, vais a ver.

LIGURIO Id, hermano, a vuestras oraciones, y algo más se necesitara os vendremos a buscar. Vos, micer, acompañad a vuestra mujer a fin de que no cambie de opinión, mientras yo iré a buscar a maestro Calímaco para decirle que os envíe la poción. Procurad que a la hora primera pueda encontraros, tal que arreglemos lo que hemos de hacer a la cuarta.

NICIA Dices bien. Hasta entonces.

TIMOTEO Idos en paz.

CANCION

¡Oh, qué agradable engaño,  
El que conduce a un fin tan anhelado!  
Pues todo afán sosiega,  
Y torna dulce todo gusto amargo.  
¡Oh remedio alto y raro!  
A las almas errantes el sendero  
Muestras recto y seguro;  
Con tu noble valor nos das la dicha  
Y enriqueces a Amor.  
Y sólo tú, con tus santos consejos,  
Vences piedras, venenos, sortilegios.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Calímaco, solo

CALIMACO Quisiera saber lo que han hecho esos dos. ¿Es posible que Ligurio no vuelva? Ya ha pasado una infinidad de horas. ¡Cuánta angustia he sufrido y estoy sufriendo! Es muy cierto que la fortuna y la naturaleza llevan sus cuentas por partida doble: nunca te conceden un bien sin que de rebote no surja un mal. A medida que crece en mí la esperanza, también crece el temor. ¡Ay de mí, miserable! ¿Será posible que tenga que vivir entre tantos afanes, perturbado por estos

temores y estas esperanzas? Soy una nave estrujada por dos vientos contrarios que tanto más teme cuanto más se acerca al puerto. La simpleza de micer Nicia aviva mi esperanza, la cautela y esquivéz de Lucrecia me hacen me hacen desesperar. ¡Ay de mí, que no hallo descanso en sitio alguno! A veces trato de vencerme a mí mismo, me reprocho por este furor y me digo: -¿Qué haces?, ¿te has vuelto loco? Cuando la logres, ¿qué pasará? Conocerás tu error, te arrepentirás de tantos trabajos y devaneos. ¿Acaso no sabes lo poco que halla el hombre en las cosas, comparado con lo que suponía hallar? Por otra parte, lo peor que pueda ocurrirte es que acabes muerto y vayas a parar al infierno. Bah, han muerto tantos otros: el infierno está lleno de hombres de bien, ¿vas a avergonzarte por ir tú también? Ponle al mal tiempo buena cara, huye del mal, mas si no lo puedes evitar, sopórtalo como un hombre, no te prosternes ni te envilezcas como una mujer-. Y así me levanto el ánimo; pero bien poco me dura, pues por todas partes me asalta tanto deseo de estarme al menos una vez con ella, que empiezo a alterarme desde las plantas de los pies hasta la cabeza: las piernas me tiemblan, se me retuercen las vísceras, el corazón se me arranca del pecho, se me aflojan los brazos, la lengua enmudece, ofúscanse los ojos, los sesos me dan vueltas. Si por lo menos encontrara a Ligurio, tendría con quien desahogarme. Pero, he lo aquí que viene a mi encuentro a toda prisa. Lo que me refiera me prolongará un poco más la vida o me matará del todo.

ESCENA SEGUNDA

Ligurio, Calímaco

- LIGURIO      Nunca deseé tanto encontrar a Calímaco y jamás me costó tanto dar con él. Si le trajera malas nuevas lo hubiera encontrado en seguida. Ya lo busqué en su casa, en la plaza, en el mercado, en el banco de los Spini, bajo el pórtico de los Tornaquinci y no lo pude encontrar. Estos enamorados tienen hormigas debajo de los pies, no pueden quedarse quietos.
- CALIMACO      Veo que Ligurio mira hacia aquí, seguramente me anda buscando. ¿Qué hago que no lo llamo? Hasta parece que está alegre. ¡Eh! Ligurio, Ligurio...
- LIGURIO      Ah, Calímaco, ¿dónde estabas?
- CALIMACO      ¿Qué noticias traes?
- LIGURIO      Buenas.
- CALIMACO      ¿Buenas de veras?
- LIGURIO      Optimas.
- CALIMACO      ¿Está Lucrecia conforme?
- LIGURIO      Sí.
- CALIMACO      ¿La convenció el fraile?
- LIGURIO      Lo hizo.
- CALIMACO      ¡Oh, bendito fraile! Siempre rezaré a Dios por él.
- LIGURIO      ¡Esta sí que es buena! Como si Dios dispensara el mal como el bien. No creo que el fraile se conforme con oraciones.
- CALIMACO      ¿Qué querrá?
- LIGURIO      Dinero.
- CALIMACO      Pues le daremos. ¿Cuánto le has prometido?
- LIGURIO      Trescientos ducados.

- CALIMACO Bien hecho.
- LIGURIO El doctor ya desembolsó veinticinco.
- CALIMACO ¿Cómo?
- LIGURIO Confórmate con que los haya desembolsado.
- CALIMACO Y la madre de Lucrecia, ¿qué ha hecho?
- LIGURIO Casi todo. Como se creyó que la hija podía pasar una alegre noche sin pecado, no dejó un solo momento de rogar, mandar y animar a Lucrecia hasta que la condujo a hablar con el fraile y, una vez allí, obró de tal modo que la dejó convencida.
- CALIMACO ¡Oh, Dios! ¿Qué habré hecho yo para merecer tanta merced? ¡Me muero de alegría.
- LIGURIO ¿Qué gente es ésta? Ya de alegría, ya de dolor quiere morir a cada rato. ¿Has preparado la poción?
- CALIMACO Sí.
- LIGURIO ¿Qué le endilgarás?
- CALIMACO Un vaso de hipocrás, que nada hay mejor para componer el estómago y alegrar la cabeza... ¡Ay de mí, miserable, estoy perdido!
- LIGURIO ¿Qué es eso? ¿Qué pasará?
- CALIMACO Ya no hay remedio.
- LIGURIO ¿Qué diablos sucede?
- CALIMACO Es como si no hubiéramos hecho nada, me metí en un pozo sin salida.
- LIGURIO ¿Por qué? Dímelo de una vez, quítate las manos de la cara.
- CALIMACO ¿No te acuerdas que dije a micer Nicia que tú, él, Siro y yo atraparíamos a un fulano para acostarlo con la mujer?
- LIGURIO ¿Y eso qué?
- CALIMACO ¡Cómo qué! Si estoy con vosotros no podré ser yo quien sea atrapado, y si no estoy advertirá el engaño.
- LIGURIO Dices verdad; pero, ¿no habrá un remedio para eso?
- CALIMACO No, yo creo que no.
- LIGURIO Sí, y todo saldrá bien.
- CALIMACO ¿Y cómo?
- LIGURIO Déjame pensar un poco.
- CALIMACO Vaya salida; estoy listo si te pones a pensarlo ahora.
- LIGURIO Ya lo tengo.
- CALIMACO ¿Qué?
- LIGURIO Haré que el fraile, que nos ha ayudado hasta aquí, haga el resto.
- CALIMACO ¿De qué modo?
- LIGURIO Todos tenemos que disfrazarnos; convenceré al fraile de que se disfrace también; te imitará en la voz, en el gesto, en la vestimenta; diré al doctor que eres tú y se lo creerá.
- CALIMACO No me parece mal, pero, ¿yo qué haré?

- LIGURIO      Supongamos que te pones un gabán encima y con un laúd en la mano te apareces por allí, en la esquina de su casa, cantando una tonadita.
- CALIMACO      ¿Con la cara descubierta?
- LIGURIO      Sí, porque si llevaras máscara entraría a sospechar.
- CALIMACO      Me reconocerá.
- LIGURIO      No lo hará, pues quiero que tuerzas la cara, que abras, estires o encojas la trompa, que cierres un ojo...A ver, prueba.
- CALIMACO      ¿Haré así?
- LIGURIO      No.
- CALIMACO      ¿Así?
- LIGURIO      No basta.
- CALIMACO      ¿Y de este modo?
- LIGURIO      Sí, sí, no vayas a olvidarte de hacerlo igual. En casa tengo una nariz postiza, quiero que te la apliques.
- CALIMACO      Bueno, ¿y después?
- LIGURIO      En cuanto aparezcas en la esquina, nosotros estaremos preparados: te sacaremos el laúd, te atraparemos, te ataremos, te entraremos en la casa y te meteremos en la cama. Lo demás corre por tu cuenta.
- CALIMACO      La cuestión es portarse.
- LIGURIO      Por esta vez no te costará; pero, en cuanto a poder volver, eso está en ti y no en nosotros.
- CALIMACO      ¿Y cómo haré?
- LIGURIO      Es preciso que te la conquistes esta noche y que antes de partir te des a conocer, le descubras el engaño, le digas de tu amor, de cuánto la quieres y de cómo sin riesgo alguno puede ser tu amiga y con mucho riesgo tu enemiga. Es imposible que no la convenzas y que se conforme con esta única noche.
- CALIMACO      ¿De veras lo crees?
- LIGURIO      Estoy seguro de ello. Pero no perdamos más tiempo, ya han dado las dos horas. Llama a Siro, envíale la poción a micer Nicia y espérame en casa. Yo iré por el fraile, lo haré disfrazarse y lo traeré aquí; buscaremos al doctor y haremos lo que falta.
- CALIMACO      Dices bien. Anda ya.
- ESCENA TERCEPA
- Calímaco, Siro
- CALIMACO      ¡Eh, Siro!
- SIRO            ¿Micé?
- CALIMACO      Ven acá.
- SIRO            Aquí estoy.
- CALIMACO      Toma aquel vaso de plata que está en el armario de mi cuarto y tráemelo cubierto con un paño. Ten cuidado de no derramarlo por el camino.
- SIRO            Así se hará.

CALIMACO Hace diez años que éste está conmigo y siempre me ha servido fielmente. Estoy seguro de que también en este caso me será fiel. Aunque no le haya participado este engaño, se lo imagina -porque no es ningún tonto- y veo que se está acomodando a la situación.

SIRO Aquí lo tenéis.

CALIMACO Está bien. Anda, ve a casa de micer Nicia y dile que esta es la medicina que deberá tomar su mujer después de la cena, y cuanto antes cene, tanto mejor; y también que estaremos en la esquina a la hora convenida y que trate de no faltar. Ve ligero.

SIRO Voy.

CALIMACO Oye. Si quiere que tú lo esperes, espéralo y vuelve a mí con él. Si no quiere, una vez que le hayas entregado eso y transmitido el mensaje, torna aquí conmigo.

SIRO Sí, micer.

ESCENA CUARTA

Calímaco, solo

CALIMACO Esperaré que Ligurio vuelva con el fraile. El que dijo que quien espera desespera, dijo una gran verdad. Cada momento que pasa adelgazo diez libras pensando dónde estoy ahora y dónde podría estar de aquí a dos horas, y temiendo que surja algún contratiempo que malogre mi propósito. Que si así fuere, esta sería la última noche de mi vida, pues o me tiro al Arno o me ahorco o me arrojo desde una de esas ventanas o me clavo un cuchillo en el umbral de su casa. Algo haré con tal de no seguir viviendo. Pero, ¿es Ligurio a quien veo? Es él, y trae consigo a un sujeto que parece desgreñado, rengo...de fijo que es el fraile disfrazado. ¡Oh, frailes, con conocer a uno los conoce a todos! ¿Quién es ese otro que se les ha acercado? Me parece que es Siro, que ya habrá llevado el mensaje al doctor. Es él. Los esperaré aquí para ponerme de acuerdo con ellos.

ESCENA QUINTA

Siro, Ligurio, fray Timoteo disfrazado, Calímaco

SIRO ¿Quién está contigo, Ligurio?

LIGURIO Un hombre de bien.

SIRO ¿Es rengo o se hace?

LIGURIO No jorobes.

SIRO ¡Oh! ¡qué cara de pillo tiene!

LIGURIO ¡Eh, cállate la boca, que ya pudres! ¿Dónde está Calímaco?

CALIMACO Aquí estoy. Sed bienvenidos.

LIGURIO Calímaco, reprende a este loco de Siro; ya dijo mil tonterías.

CALIMACO Siro, escúchame bien: esta noche harás todo lo que Ligurio te diga, y cuando te mande, haz de cuenta que soy yo; y lo que veas; sientas u oigas, lo mantendrás en secreto, si en algo estimas mis bienes, mi honor, mi vida y tu propia salud.

SIRO Así se hará.

CALIMACO ¿Le diste el vaso al doctor?

SIRO Sí, micer.

CALIMACO ¿Qué te dijo?

SIRO           Que hará todo según convinieron.

TIMOTEO       ¿Es éste Calímaco?

CALIMACO      A vuestras órdenes. Y como lo prometido es deuda, podéis disponer de mí y de toda mi fortuna como de vos mismo.

TIMOTEO       Así me han dicho y lo creo, pues estoy haciendo por tí lo que no haría por nadie en el mundo.

CALIMACO      No lo haréis en balde.

LIGURIO       Dejémonos de ceremonias. Siro y yo iremos a disfrazarnos. Tú, Calímaco, ven con nosotros, a prepararte para tu papel. El fraile nos esperará aquí; volveremos en seguida e iremos a buscar a micer Nicia.

CALIMACO      Bien dicho; vamos.

TIMOTEO       Os espero.

ESCENA SEXTA

Fray Timoteo, solo disfrazado

TIMOTEO       Dicen verdad los que dicen que las malas compañías conducen a los hombres a la honra: muchas veces uno termina mal tanto por ser demasiado débil y bueno, como por ser demasiado astuto. Dios sabe que yo no pensaba injuriar a nadie; estaba en mi celda, decía mi oficio, entretenía a mis devotos, y he aquí que aparece este diablo de Ligurio y me hace meter la mano en la trampa, donde luego metí el brazo y todo el cuerno y todavía no sé adónde iré a parar. Sin embargo no hay de que alarmarse, pues cuando una cosa importa a muchos, muchos se ocupan de que salga bien. Pero, ya vuelven Ligurio y ese siervo.

ESCENA SEPTIMA

Fray Timoteo, Ligurio, Siro, disfrazados

TIMOTEO       Sed bienvenidos.

LIGURIO       ¿Qué tal estamos?

TIMOTEO       Muy bien.

LIGURIO       Falta el doctor. Acercuémonos a su casa; ya dio la hora tercera, vamos.

SIRO           ¿Quién está abriendo la puerta de su casa? ¿Será el criado?

LIGURIO       No, es él. ¡Ja, ja, ja!

SIRO           ¿Te ríes?

LIGURIO       ¿Quién no se reiría? Tiene puesto un gabán que no le cubre ni el culo. ¿Qué diablos lleva en la cabeza? Parece un gorro de canónigo con un espadachín debajo, ¡ja, ja!, y farfulla no sé qué; hagámonos a un lado y oiremos alguna calamidad acerca de la mujer.

ESCENA OCTAVA

Micer Nicia, disfrazado

NICIA          ¡Qué de aspavientos no ha hecho esta loca! Ha enviado a las criadas a la casa de su madre y al siervo a la granja. Eso no me parece mal, pero no puedo decir lo mismo de los remilgos que ha hecho antes de meterse en la cama. No quiero...¿qué haré?...¿qué me obligáis a hacer? ...¡Ay de mí, madre mía!...que si la madre no le canta las cuarenta, no entraba en esa cama. ¡Cielá la parta un rayo! No veo mal que las mujeres sean melindrosas, pero no tanto: casi nos vuelve locos, ¡cabeza



de chorlo! Luego si alguien dijera que se ahorque a la mujer más sabia de Florencia, ella contestaría: ¿Y yo qué te hice? Sin embargo todo acabará bien, y entonces podré cantarle: ¿Qué te decía yo?...En verdad que no estoy mal. ¿Quién me reconocería así? Parezco más alto, más joven, más esbelto. Ninguna mujer me pediría dinero para acostarse conmigo. Pero, ¿dónde estarán los demás?

ESCEÑA NOVENA

Ligurio, micer Nicia, fray Timoteo, Siro

- LIGURIO Buenas noches, micer.
- NICIA ¡Oh, ah, ay!
- LIGURIO No tengáis miedo, somos nosotros.
- NICIA Ah, estáis todos aquí. Si tardo un rato en reconocerlos, os doy con este estoque con toda la fuerza que tengo. ¿Eres tú, Ligurio? ¿Y tú, Siro? ¿Y ese otro, el maestro? ¡Vaya!...
- LIGURIO Sí, micer.
- NICIA No me diga. ¡Mira que se ha disfrazado bien!, no lo hubiera reconocido. Ven, acércate.
- LIGURIO Le hice poner dos nueces en la boca para que no lo conozcan por la voz.
- NICIA Eres un animal.
- LIGURIO ¿Por qué?
- NICIA ¿Cómo no me lo dijiste antes? Yo también me hubiera puesto un par; ya sabes que es importante no ser reconocido al hablar.
- LIGURIO No le hace. Ponéos esto en la boca.
- NICIA ¿Qué es eso?
- LIGURIO Una bola de cera.
- NICIA A ver, dame...ica, nu, ca, co, cu, puah!... ¡Ojalá te agarre un estreñimiento, pedazo de canalla!
- LIGURIO Perdonadme, sin darme cuenta os he dado una por otra.
- NICIA ¡Ca, ca, puah!...¿De qué...qué...qué era?
- LIGURIO De aloe.
- NICIA ¡Malhaya contigo! Puah...¡maestro, ¿no decís nada?
- TIMOTEO Este Ligurio me hace perder los estribos.
- NICIA ¡Oh!, que bien disimuláis la voz.
- LIGURIO No perdamos más tiempo. Yo voy a ser el capitán y voy a ordenar el ejército para el combate. Al cuerno derecho vaya Calímaco, al izquierdo yo y entre los dos cuernos se colocará el doctor. Siro quedará a la retaguardia para prestar auxilio al bando que flaquee. El santo y seña será San Cucú.
- NICIA ¿Quién es San Cucú?
- LIGURIO El santo más venerado en Francia. Vamos ya, pongámonos al acecho en esta esquina. Escuchad: oigo un laúd.
- NICIA Es cierto. ¿Qué hacemos?
- LIGURIO Hay que enviar adelante a un explorador para que descubra quién es y, según lo que nos refiera, obraremos en consecuencia.

- NICIA           ¿Quién irá?
- LIGURIO        Adelante, Siro. Ya sabes lo que tienes que hacer: considera, examina, vuelve en seguida y danos parte.
- SIRO            Voy.
- NICIA           No quisiera que nos lleváramos un chasco: que fuera algún viejo débil o enfermizo y que mañana a la noche tengamos que repetir este juego.
- LIGURIO        No temáis, Siro es un hombre prudente. Ahí vuelve. ¿Qué tal, Siro?
- SIRO            Es el mozo más gallardo que hayáis visto jamás. No tiene venticinco años, y viene para acá solo, con un gabán corto y tocando el laúd.
- NICIA           Justo lo que andamos buscando, si es cierto lo que dices. Pero...mira que serás tú el responsable del embrollo si no es así.
- SIRO            Es tal como os dije.
- LIGURIO        Esperemos que asome a la esquina y en seguida le caeremos encima.
- NICIA            Quitaos de ahí, maestro, estáis más duro que un palo. Ya viene...
- CALIMACO       "Que en tu cama se meta el mismo diablo, ya que meterme no he logrado yo..."
- LIGURIO        Quiero ahí. Venga ese laúd.
- CALIMACO       ¡Ay de mí! ¿Qué he hecho de malo?
- NICIA            Ya lo verás. Cúbrele la cabeza...amordázaelo...
- LIGURIO        Hazle dar vueltas...
- NICIA            Dale otra vuelta... otra más...entradlo en casa.
- TIMOTEO        Miser Nicia, me voy a descansar, pues tengo un dolor de cabeza que me muero. Si no es indispensable, no volveré a la mañana.
- NICIA            No, maestro, no os molestéis, nosotros nos arreglaremos.

ESCENA DECIMA

Fray Timoteo, solo

- TIMOTEO        Ya se metieron en la casa, ya me iré para el convento; y vosotros, espectadores, no nos censuréis, pues esta noche nadie dormirá, de modo que la acción no se verá interrumpida por el tiempo. Yo diré el oficio. Ligurio y Siro cenarán porque no han comido en todo el día. El doctor irá de pieza en pieza para no ensuciar la cocina. Calímaco y madona Lucrecia no dormirán, pues bien sé que si yo fuera él y vosotras fuerais ella...tampoco dormiríamos.

CANCION

¡Oh dulcísima noche!  
¡Oh santas horas nocturnas y calladas,  
Que a los tiempos amantes ocultáis!  
Por las delicias que en vosotras caben  
Tornáis las almas bienaventuradas.  
Sólo vosotras daís  
Por los muchos afanes justo premio  
A los siervos de Amor.  
Sólo vosotras, oh felices horas,  
A todo pecho helado lo incendiáis.

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Fray Timoteo, solo

TINOTEO No he podido cerrar un ojo en toda la noche, tanto es el deseo de saber cómo les ha ido a Calímaco y a los otros. De modo que he matado el tiempo haciendo varios menesteres: dije maitines, leí una vida de los Santos Padres, fui a la iglesia y encendí una lámpara que se había apagado, le cambié el velo a una Virgen que hace milagros... ¡Cuántas veces les habré dicho a estos frailes que la tengan limpia! Luego se maravillan de que escasee la devoción. Recuerdo que había quinientas imágenes, y hoy no alcanzan a veinte. La culpa la tenemos nosotros, que no hemos sabido mantener la reputación. Todas las tardes, después de completas, solíamos llevarlas en procesión y cada sábado se les cantaba láudes. Todas las promesas se hacían aquí para que se vieran imágenes nuevas y durante las confesiones exhortábamos a hombres y mujeres a consagrar exvotos... Ya no se hace nada de eso, ¡y después nos extrañamos de que las cosas vayan como van! ¡Ah, qué poca cabeza tienen estos hermanos míos! Pero oigo un gran alboroto en la casa de micer Nicia. A fe mía que vienen, están sacando al cautivo. Llegué a tiempo. Han demorado hasta aprovechar la última gota, justo está clareando. Voy a escuchar lo que dicen sin ser visto.

ESCENA SEGUNDA

Micer Nicia, Calímaco, Ligurio, Siro

NICIA Agárralo de ahí, yo de acá, y tú, Siro, sujétalo de atrás, por el gabán...

CALIMACO ¡No me hagáis daño!

LIGURIO No tengas miedo, ya puedes irte.

NICIA No vayamos más lejos.

LIGURIO Decís bien, suéltalo aquí. Vamos a darle un par de vueltas para que no sepa de dónde vino. Hazlo girar, Siro.

SIRO Ahí va.

NICIA Dale una más.

SIRO Ya está.

CALIMACO ¡Hi laúd...

LIGURIO Vete, bribón, lárgate de una ve. Y si llegas a abrir la boca, te corto el pescuezo.

NICIA Salió disparando; vamos a cambiarnos de ropa. Es necesario que salgamos temprano para que no se note que hemos pasado la noche en blanco.

LIGURIO Bien dicho.

NICIA Idos, tú y Siro, a buscar a maestro Calímaco y decidle que el asunto salió a pedir de boca.

LIGURIO ¿Qué podemos decirles nosotros? Nosotros no sabemos nada. Ya sabéis que en cuanto entramos nosotros fuimos a beber a la bodega. Vos y vuestra suegra os quedasteis sujetándolo y no os vimos más, hasta hace un rato, cuando nos llamasteis para echarlo a la calle.

NICIA Decís verdad. ¡Oh, tengo que contaros cada cosa!... Mi mujer estaba en la cama, a oscuras. Sóstrata me esperaba junto al hogar. Llegué con ese mozo y -para que nada quedara librado al azar- lo llevé a una despensa que tengo en la sala, donde había una lámpara aguachenta que arrojaba muy poca luz, de modo que no pudiera verme la cara.

- LIGURIO Obrasteis con cordura.
- NICIA Lo hice desnudar, y como titubeaba lo encaré como una fiera, así que no tardó un santiamén en quitarse la ropa y se quedó en cueros. Era bastante feo de cara. Tenía un pedazo de nariz, una byca torcida... ipero nunca se vieron carnes más hermosas! Blanco, suave, pastoso... y en cuanto a lo demás, ni me preguntéis.
- LIGURIO No digáis más. Pero, ¿era menester verlo todo?
- NICIA ¿Estás bromeando? Una vez metidas las manos en la masa, quise llegar hasta el fondo. Además, había que cerciorarse de que estuviera sano: si llega a tener pústulas, ¿adónde voy a parar yo? Hablar es fácil...
- LIGURIO Tenéis razón.
- NICIA Como vi que estaba sano, lo saqué y lo llevé al dormitorio, a oscuras, lo metí en la cama y antes de irme quise tocar con mi propia mano cómo andaba la cosa, porque no estoy acostumbrado a que me hagan pasar gato por liebre.
- LIGURIO ¡Con cuánta prudencia habéis gobernado este asunto!
- NICIA Después de haber tocado y comprobado que todo estaba en su lugar, salí del dormitorio, cerré la puerta y me fui con mi suegra junto al fuego, y hemos pasado toda la noche charlando.
- LIGURIO ¿Y de qué hablabais?
- NICIA De la necesidad de Lucrecia y de cuánto hubiera sido mejor que sin tantos líos hubiese cedido desde el vamos. Luego hablamos del niño -¡me parece que ya lo tengo en mis brazos, al mocosito!-, cuando de pronto sentí sonar la hora prima y, temiendo que se hiciera de día, me fui al dormitorio. ¿Habréis de creer que no podía sacarlo, al muy pícaro?
- LIGURIO No lo dudo.
- NICIA Le había tomado el gusto...Sin embargo se levantó, os llamé y lo sacamos afuera.
- LIGURIO La cosa ha salido bien.
- NICIA No lo creerás, pero me da lástima.
- LIGURIO ¿De qué?
- NICIA De ese pobre muchacho: que tenga que morir tan pronto y que esta noche le haya de salir tan cara.
- LIGURIO Bah, ya tenéis demasiadas preocupaciones, dejad que se las arregle.
- NICIA Dices verdad. Pero no veo el momento de encontrarme con maestro Calímaco para congratularme con él.
- LIGURIO En una hora va estará fuera. Pero, es de día. Nosotros iremos a cambiarnos, ¿vos qué haréis?
- NICIA Yo también subiré a ponerme ropa buena. Haré levantar a mi mujer para que vaya a la iglesia y entre en sagrado. Quisiera que vos y Calímaco estéis allí, y que le hablen al fraile para darle las gracias y recompensarlo del bien que nos ha hecho.
- LIGURIO Decís bien, así se hará.

### ESCENA TERCERA

Fray Timoteo, solo

- TIMOTEO He oído toda la conversación y me he deleitado al considerar cuánta insensatez cabe en este doctor; pero más aun me agradó la conclusión última...Y puesto que han de ir a buscarme, no me voy a quedar aquí, sino que los esperaré en la iglesia, donde mi mercadería vale más.

Pero, ¿quién sale de esa casa? No parece que es Ligurio, y con él debe estar Calímaco. No quiero que me vean, por las razones ya dichas. total, aunque no vinieran a buscarme, siempre tendré tiempo de buscarlos yo a ellos.

ESCENA CUARTA

Calímaco, Ligurio

CALIMACO Como ya te dije, Ligurio mío, estuve de mala gana hasta la hora nona, y aunque sentía un gran placer, no me parecía lícito. Pero, después de que me dí a conocer y le dije del amor que le profesaba y de cuán fácilmente, por la simpleza del marido, podríamos vivir felices sin riesgo alguno, y le prometí que si Dios tuviera a bien llevárselo la tomaría por esposa; y como ella, razones aparte, había saboreado la diferencia entre acostarse conmigo y con Nicia y entre los besos de un amante joven y aquellos de un marido viejo, luego de algunos suspiros, dijo: "Puesto que tu astucia, la idiotez de mi marido, la simpleza de mi madre y la perfidia de mi confesor me han llevado a hacer lo que nunca hubiera hecho por mí misma quiero pensar que todo procede de una disposición celestial que así lo ha querido, y yo nadie soy para rehusar lo que el cielo quiere que acepte. Por ello te acojo como señor, dueño y guía: tú serás mi padre, tú mi defensor y todo mi bien; y aquello que mi marido quiso por una noche, lo tenga para siempre. Intimarás pues con él, mañana irás a la iglesia y de allí te vendrás a almorzar con nosotros. Así entrarás y saldrás de casa a tu antojo y a toda hora podremos estar juntos sin despertar sospechas". Al oír tales palabras, estuve a punto de morir de dicha. Ni siquiera pude decirle la milésima parte de lo que hubiera querido. De modo que me considero el hombre más feliz y contento que jamás hubo en el mundo, y si esta felicidad no llega a faltarme por la muerte o el tiempo, seré más bienaventurado que los bienaventurados, más santo que los santos.

LIGURIO Me alegra mucho tu dicha. Ya ves que las cosas han ocurrido tal como te dije. Pero, ¿qué hacemos ahora?

CALIMACO Vamos hacia la iglesia, pues le prometí a ella que estaría allí cuando llegue con la madre y el doctor.

LIGURIO Veo que su puerta se está abriendo: son ellas; ya salen y el doctor viene detrás.

CALIMACO Encaminémonos hacia la iglesia, allí esperaremos.

ESCENA QUINTA

Nicia, Lucrecia, Sóstrata

NICIA Lucrecia, creo que las cosas deben hacerse con temor de Dios y no atolondradamente.

LUCRECIA ¿Qué más hay que hacer ahora?

NICIA ¡Miren cómo contesta, la muy cocorita!

SOSTRATA No os extrañéis, está un poco alterada.

LUCRECIA ¿Qué ibais a decir?

NICIA Digo que es mejor que yo vaya adelante para hablar con el fraile y le avise que te espere en la puerta de la iglesia para conducirte en sagrado, porque esta mañana es como si hubieras vuelto a nacer.

LUCRECIA ¿Y qué esperáis?

NICIA ¡Se te vé muy atrevida esta mañana! Anoche parecía medio muerta.

LUCRECIA Os lo debo a vos.

SOSTRATA Idos a buscar al fraile. Pero, no hace falta: allí está, frente a la iglesia.

NICIA Decís verdad.

ESCENA SEXTA

Fray Timoteo, micer Nicia, Lucrecia, Calímaco, Ligurio, Sóstrata

TIMOTEO Salgo afuera porque Calímaco y Ligurio me han dicho que el doctor y las mujeres vienen para la iglesia.

NICIA Pona dies, padre.

TIMOTEO Que seais bienvenidas; que os haga buen provecho, madona, y que Dios os conceda un hermoso hijo varón.

LUCRECIA Dios quiera.

TIMOTEO Lo querrá de todos modos.

NICIA ¿Es a Ligurio y a maestro Calímaco a quienes veo en la iglesia?

TIMOTEO Sí, micer.

NICIA Decíles que se acerquen.

TIMOTEO Venid.

CALIMACO Dios os salve.

NICIA Maestro, dad la mano a mi mujer.

CALIMACO Con mucho gusto.

NICIA Lucrecia, él es quien va a ser la causa de que tengamos un sostén en nuestra vejez.

LUCRECIA Lo tengo ya en mucho aprecio, y sería bueno que intimara con nosotros.

NICIA ¡Bendita seas! Deseo que él y Ligurio vayan hoy a almorzar a casa.

LUCRECIA Por supuesto.

NICIA Les voy a dar la llave de la habitación de planta baja para que puedan entrar cuando les plazca, pues no tienen mujeres en su casa y viven como bestias.

CALIMACO La acepto, para usarla de vez en cuando.

TIMOTEO ¿Tendré el dinero para la limosna?

NICIA Perded cuidado, Domine, hoy mismo se os mandará.

LIGURIO ¿Y de Siro nadie se acuerda?

NICIA No tiene más que pedir: todo lo que tengo es suyo. Tú, Lucrecia, ¿cuántos gruesos darás al fraile para entrar en sagrado?

LUCRECIA Dadle diez.

NICIA ¡Recórcholis!

TIMOTEO Madona Sóstrata, se diría que el viejo tronco sacó retoños.

SOSTRATA ¿Quién no estaría alegre?

TIMOTEO Entremos todos en la iglesia y digamos allí las oraciones del caso. Luego, después del oficio, iréis a almorzar a vuestra casa. Vosotros, espectadores, no esperéis que volvamos a salir: el oficio es largo; yo me quedaré en la iglesia y ellos saldrán por la puerta lateral y se marcharán a su casa. Valete.

RECINTO DE BILBIOTECAS  
 UNIVERSIDAD DE HUASCARÁN  
 FOLIO 10 DE 10  
 JOSE EMILIO GONZALEZ  
 SEMINARIO MULTISOCIOECONOMICO